

CUENTO N° 242

TÍTULO: DON VALENTÍN

SEUDÓNIMO: AMALIA SAINZ

AUTORA: GEMA BERNARDA IBARRA BARRIOS

Don Valentín.

Estaba emocionada, conocería mi primera casa. Al llegar, bajé del auto con mis dos pequeñas hijas y me alegró ver un antejardín hermoso. Llave en mano me dispuse a dar un recorrido por la casa, era encantadora, ideal para un matrimonio que desea vivir feliz en un lugar propio.

Abrí el ventanal que daba al patio trasero, quedé tan impresionada como al ver el antejardín, pero por la decepción, había tierra por todos lados y en un rincón un viejo tarro de pintura con un palo seco en medio.

“Bueno, es lo que hay”, tendremos que poner pasto, hacer una pequeña terraza y arreglar este desastre. *“¡Un nuevo proyecto, qué mejor! Las niñas podrán jugar y nosotros tomaremos un cafecito disfrutando de este patio maravilloso.”* Por supuesto una vez arreglado.

A la semana siguiente, todos nuestros bártulos ya estaban acomodados y como pendiente estaba el tema de encontrar un jardinero que nos ayudara a reconstruir este patio abandonado y a mantener el antejardín.

Unos días después, mientras regaba el antejardín, a dos o tres casas de la nuestra, vi a un hombre con chupalla sacando malezas. Fui a saludarlo para hablar con él, estaba agachado de espaldas a mí.

-¡Buenos días ¡ Señor, Señor. No hubo respuesta, que desencanto, ni siquiera volteó a mirar o a saludar.

Pasaron algunos días y de pronto sonó el timbre:

-¡Hola, ¡ Soy tu vecina, mi nombre es Ruth.

-¡Hola! ¿ Cómo estás? Fue mi respuesta.

-Muy bien, vi que se cambiaron hace poco, bienvenidos al barrio - dijo amablemente- para lo que necesites, estoy aquí al lado.

Respondí a su saludo y rápidamente le pregunté si conocía algún jardinero de confianza.

-Sí, por supuesto, Valentín es el jardinero de la mayoría de las casas en el condominio. Cuando lo vea le diré que pase a hablar contigo.

-Te lo agradecería enormemente. Le respondí, despidiéndome.

Al cabo de unos días estaba sacando las hojas secas del antejardín y un hombre se acerca y me saluda cordialmente:

-¡Buenos días! Su vecina me comentó que necesitaba un jardinero, yo soy Valentín y arreglo casi todos los jardines de aquí.

En ese momento me di cuenta que era el mismo señor con chupalla que había visto semanas antes y que ni siquiera me había contestado.

-Sí, necesito un jardinero que cuide este antejardín y principalmente arreglar el patio trasero.

-Bueno, no tengo ningún problema. ¿Puedo ver el patio de atrás?

-Voy a buscar las llaves para que pueda ver el tierral que hay.

Le abrí y lo hice pasar, mientras caminaba hacia el patio le comentaba que quería poner unas cuantas rosas, un par de enredaderas en los muros y dichondra (una variedad de pasto también conocido como “oreja de ratón”). El hombre dio un vistazo y me dijo:

-Está bien feo aquí. Y ¿qué quiere hacer?

Algo confundida por su pregunta, le respondo:

-¡Lo que acabo de decirle!

Me miró algo extrañado y luego sonrió diciendo:

-Perdone, es que no la escuché, soy sordo desde los diez años y leo los labios.

Para mí fue como un sacudón, obviamente por eso no me había contestado la primera vez que lo saludé y menos escuchó lo que le iba diciendo mientras nos acercábamos al patio.

Le pedí disculpas y le expliqué con calma lo que quería.

-Muy bien –respondió- Y ¿qué quiere hacer con esa planta que está en el tarro?

-¿Se refiere a ese palo?, no sé, yo creo que está seco. Botarlo tal vez, no tengo idea.

Valentín se acercó al tarro, examinó un poco el palo seco y me dijo:

-Aún está vivo.

- Y ¿qué será? Se me ocurrió preguntar.

-Habría que preguntarle. Fue su respuesta.

Con una sonrisa le contesté:

-Bueno..... Valentín lo dejo para que haga sus cálculos y me diga cuanto me va a cobrar por hacer el jardín y la cantidad de semillas y materiales que tengo que comprar. Al cabo de unos minutos me golpea el ventanal y me dice:

-¡Ya sé qué es!

-¿Qué cosa? le respondí.

-El árbol que está en el tarro de pintura, es un durazno conservero, de esos duraznos grandes -Me respondió muy contento.

-¡Ah, qué bueno! le respondí un poco incrédula.

-Sabe, lo voy a sacar del tarro y lo voy a dejar plantado, le voy a hacer una taza grande alrededor y le pido que lo riegue bien todos los días. ¿Dónde quiere que lo plante?

-En un rincón. Le respondí.

-El problema es que este arbolito necesitará más espacio, así que lo voy a dejar más central, ¿le parece?

-Bueno, usted es el que sabe. Le dije.

-Mientras usted compra los materiales necesarios, voy a empezar por arnear la tierra y a dejarla preparada para la siembra. Más tarde, luego de dejar plantado el “durazno conservero” y de preparar la tierra, Valentín me dio la lista de las semillas y demás materiales a comprar y se despidió.

Le conté a mi marido que ya teníamos jardinero y la anécdota del palo seco que ahora era un “durazno conservero”. Se limitó a sonreír y a comentar:

-Habrá que verlo.

Valentín regresó en la fecha acordada, sembró la dichondra y plantó los rosales y enredaderas como habíamos acordado.

Pasaron cerca de dos meses y al “palo seco” como yo le había llamado displicentemente, le comenzaron a salir los primeros brotes. Creció tan rápido que al cabo de unos seis meses comenzó a florecer, se veía precioso al medio de nuestro nuevo jardín.

Cada vez que venía Valentín, me decía:

-Está creciendo muy bien, pronto le dará frutos.

Yo sólo sonreía y pensaba que aunque nunca diera frutos ya se veía hermoso y era el rey del jardín.

Un día estaba desmalezando y ordenando las plantas con Valentín y me sorprendió hablando con unas rosas que habían florecido. Me preguntó:

-¿Usted también habla con las plantas?

-Sí claro, siempre he pensado que las plantas escuchan.

-Y también hablan, me respondió muy serio.

-Tal vez, pero lo malo es que yo no las escucho-contesté.

-Da lo mismo-me dijo-lo importante es que ellas la oyen.

El último día que vi a Valentín fue aquel en que el durazno comenzó a dar frutos, yo no lo podía creer, tenía unos mini duraznitos verdosos que se mimetizaban con las hojas.

-¡Yo le dije que eran duraznos conserveros, ya verá cómo van a crecer ¡

Todavía sorprendida le pregunté:

- Valentín y ¿cómo supo que era un durazno?

-Porque él me lo dijo- respondió como si fuese una obviedad.

Ese año coseché mis duraznos, los hice en conserva, mermeladas, kuchen y todo lo que se me podía ocurrir. Cada vez que disfrutábamos los frutos de aquel palito endeble, recordaba a ese hombre con chupalla que descubrió una forma de comunicarse y conversar con las plantas, casi mejor que con los humanos.

Han pasado 40 años desde ese evento y aun lo recordamos, Valentín, el jardinero con un don especial, inimaginable, que decidió preguntar y confiar en lo que le dijo ese palito debilucho, que creció y se desarrolló en todo su esplendor y nos regaló sus frutos, que con alegría compartimos y disfrutamos en familia.